

EL ALCÁZAR

Diario de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

EDICION DE TOLEDO

Juan Labrador, 8, pral. - TOLEDO - Teléfono 1458

Año II

Viernes 10 de Diciembre de 1937

Núm. 434

Parte Oficial de Guerra del Cuartel general del Generalísimo

Sin novedades dignas de mención en los frentes de los Ejércitos.

ACTIVIDAD DE LA AVIACION

Entre otros objetivos militares, han sido bombardeados, por nuestra aviación, el puerto de Barcelona y el aeródromo de Mahón, produciendo incendios en este último.

Salamanca, 9 de diciembre de 1937.—Segundo Año Triunfal.

La labor, en noviembre, de nuestros aviadores 9 aviones rojos derribados

Salamanca, 9.—Durante el pasado mes de noviembre, el Arma de Aviación efectuó los siguientes servicios:

110 servicios de seguridad y vigilancia.

4 combates aéreos, con 9 aparatos enemigos derribados.

43 bombardeos sobre objetivos militares, siendo atacados convoyes, concentraciones de tropas, depósitos de gasolina y viveres, estaciones del ferrocarril y comunicaciones.

110 SERVICIOS DE SEGURIDAD Y VIGILANCIA Y 49 BOMBARDEOS

Hoy, festividad de Nuestra Señora de Loreto, Patrona de la invicta Aviación española

Nuestra Aviación está hoy de gala. Es la festividad de su Patrona. Todas las Armas del Ejército español se acogen a un patrocinio religioso, y la de Aviación tiene el de Nuestra Señora de Loreto. Aquel prodigio sobrenatural de la Virgen de Loreto llegó a ser positiva realidad en la Aeronáutica, y de ahí la acertada y espiritual razón del patronazgo. Como todas las maravillas de la ciencia moderna, la Aviación tiene sus remotos precursores ideales; pero la española no escogió como égida el mito de Icaro ni la farsa cervantina de Clavileño—en puridad, un mismo augurio intuitivo de la nave aérea—sino que integrada por hombres creyentes y al servicio de una España católica, eligió el milagro de Loreto, en el cual se realiza el antiguo sueño humano del dominio del aire, pero con una transcendente finalidad espiritual.

Del mismo modo que en esta cruzada la Aviación española bate sus alas sobre el territorio nacional, la Virgen de Loreto, su excelsa Patrona, extiende su manto protector por la celeste bóveda, amparando a sus gloriosos patrocinados y recogiendo los tributos

de los que generosamente ofrecen su vida por la Patria, para presentarlos ante el trono de su Divino Hijo.

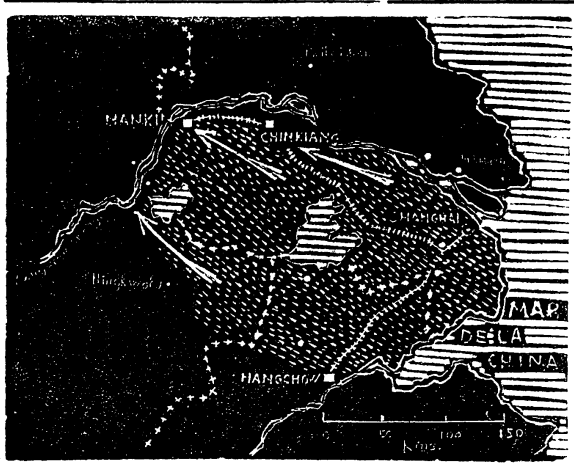
Y en los momentos difíciles de los primeros días del glorioso alzamiento, cuando los obstáculos se aglutinan para dividir el Estrecho e impedir que las fuerzas marroquíes se unan a sus hermanos peninsulares, es la Aviación heroica la encargada de establecer el contacto de nuestro Ejército laureado, acometiendo las mayores empresas, segura de la protección que siempre le dispensa su bondadosa Patrona.

Continúan las asombrosas acciones bélicas, y al igual que las fuerzas de tierra, las fuerzas del aire siguen en vanguardia, llevando la alegría de próxima liberación a los que esperan su aparición a la hora feliz de su ansiada redención.

Como la paloma bíblica trae la alentadora nueva de Franco a los que en el Alcázar se congregan en torno de su Inmaculada, a los que con admiración de todos resisten invocando el dulce nombre de Santa María de la Cabeza.

En todas partes sirve de núcleo de la nueva España, y en todos los lugares impone la indomable voluntad de los que están forjando el nuevo Imperio.

De nuevo la Aviación, que ha reivindicado gentil y cristianamente el patronazgo de su Virgenita, vuelve hoy a cobijarse bajo su blanco manto, en el que acogera gozosa las almas escogidas de nuestros invictos aviadores para conducirlos triunfantes ante el trono del Altísimo.



El bravo heroísmo de los japoneses lo vemos hoy floreciente con la rápida conquista del territorio chino

Perfil del día

Es preciso comprender bien el alicance transcendental de nuestra cruzada salvadora, que no es sólo proclamar de España al marxismo, sino lograr una exaltación nacional, una reinstauración de todos los grandes valores españoles, para captar debidamente el interés y la importancia de providencias de nuestro Generalísimo como el último decreto reorganizando las Academias bajo los auspicios de la Inmaculada Concepción.

Mediante tal medida de salvada y elevada orientación, instituciones de tanto abolengo como las Academias recobran nobles y fecundas actividades.

La Real Academia Española acrisola el lenguaje, uno de los exponentes más altos de nuestra civilización y lazo perdurable con los pueblos hispano americanos.

La Academia de la Historia atiende al mejor y más depurado conocimiento del pasado incomparable de España. La de Ciencias Morales y Políticas es el laboratorio de donde pueden salir las grandes direcciones doctrinales del nuevo Estado. La de Bellas Artes conserva amorosamente nuestro tesoro monumental, estimula la creación de nuevas obras y favorece la iniciativa creadora de los artistas. Las de Ciencias Exactas, Físicomatemáticas y de Medicina son la escuela en que los cultivadores de las disciplinas científicas aprenderán a encuadrar las más altas investigaciones en el marco de la sana razón y del espíritu nacional, reaccionando contra tiempos en que la Mineve española decaía por falta de orientación o se desnaturalizaba bajo influencias extranjeras mal escogidas.

Para que labor tan compleja como la encomendada a las Academias se coordine en un conjunto orgánico, sin menoscabo del funcionamiento propio de cada una de aquellas, se crea el Instituto de España, llamado a fecundar el desarrollo en su majestuosa misión de nacionalizar la cultura patria.

La magnífica preparación militar de los Tercios de Requetés

UNA JORNADA DE ATAQUE

(Crónica exclusiva para EL ALCÁZAR, en esta región, por "El de las Encinas").—En orden de combate, inmediatamente detrás del Tercio de Requetés, que va a atacar, viene la sección de Zapadores. Hace un vivo contraste el aspecto de las espaldas en el suelo, cruzadas de herramientas, que dan idea de lo constructivo, en el aire lleno de silbido de las balas, de hondos explosiones cercanas, de apagados mazazos lejanos, que dan la impresión de todo lo destructivo. El Tercio de Requetés, desplegado en orden de combate, avanza por patrullas, a saltos, de modo tal, que el fuego que hacen los que están parados, protege a los que se mueven. La cumbre, poco a poco, se va escalando. Desde mi puesto veo arriba, bastante arriba, un caserío grande, rodeado de vallas, en donde no se mueve nada. Parece deshabitado. No obstante, todos sabemos que desde allí nos están tirando los rojos. Alguna llamada, imperceptible para el no acostumbrado, y la dirección que narra el silbido de sus balas, nos lo dicen. Cruza a mi lado, arrastrándose, uno de los ingenieros, con una bobina de hilo a la espalda. Detrás va otro tirando del hilo y con un teléfono de campaña sujeto a la cintura. Mira hacia el enorme prado que alcanza la cumbre; está surcado por setos de zarzas que limitan las propiedades. Llevamos un rato parados. Se desgarran el aire a nuestras espaldas y se levanta una humareda grande en la esquina derecha del caserío; cuando se disipa, el lienzo de pared que unía dos ventanas ha desaparecido. El comandante que manda el Tercio de Requetés habrá señalado el objetivo por teléfono y nuestra Artillería le ha acertado a la primera. Siguen las explosiones en el ca-

serío. Me llama el silbato del teniente. Me acerco gateando. Debo preparar un pelotón para barrenar. Regreso a mis chicos. Elijo seis con barras de mina y otros seis con petardos de trilita. Han seguido pasando granadas sobre nuestras cabezas con dirección al caserío.

Cuando ya, todo listo, vuelvo junto al teniente con mis doce muchachos, el comandante grita al teléfono: ¡Diez más y ataco! Esperamos. Cruzan otra vez el aire más granadas; miro al caserío y aquello es un montón de ruinas y humo. El comandante despacha varios agentes de enlace; de repente, arriba, a la izquierda, empiezan a verse boinas rojas que avanzan a saltos; unos caen, otros siguen, se agachan, se ve que el enemigo les echa todo el fuego de sus armas. Otra espera. De repente, aparece una bandera roja y gualda sobre las ruinas del caserío. Se oyen estampidos de granadas de mano.

El comandante se levanta y echa a andar hacia el caserío. El teniente le sigue. Me vuelvo a mi gente, ¡arriba!, y trepamos todos por el prado desahogado. En las ruinas del caserío, unos requetés hacen fuego hacia más arriba. Seguimos a la derecha. El teniente me señala un largo muro cubierto de hiedra, de dos metros de altura, que yo, desde abajo, había confundido con un seto de zarzas. Hay que abrir varias brechas. Me pongo manos a la obra. A los veinte minutos varias explosiones dejan sendos huecos en el muro. Inmediatamente los requetés han colocado máquinas tras ellos y ametrallan a los rojos, que huyen prado arriba al descubierto. Me vuelvo y veo a toda la sección reunida tras el muro. Voy al teniente, que con un gesto me retiene a su lado. El comandante está otra

vez hablando por el teléfono, que le ha seguido como un perro. Miramos otra vez hacia la cumbre. Ahora distinguimos bien una línea de trincheras y adelante, una alambrada. Todavía se ven grupos grises que se mueven entre algunas piedras. Cesan en su fuego nuestras ametralladoras. Vuelvo la vista a la derecha; detrás de unos árboles y matas se ven boinas rojas que avanzan. Viene un enlace. El comandante lee el papel que ha traído y en seguida llama otra vez por teléfono. Manda un enlace a la izquierda. No hace más que salir de las ruinas y lo vemos caer. Van dos zapadores por él. Lo traen; le han dado en el pecho; el médico lo vendado y lo entrega a los sanitarios. Vuelve junto al comandante, habla con mi teniente y le dice que desde el otro monte nos hacen fuego de costa do; que la compañía de la izquierda lleva muchas bajas, que vaya con los zapadores a reforzarla. Le da un papel para el capitán. Vuelvo junto a los míos y les doy orden de preparar las armas; llega el teniente, que aprueba la orden y nos conduce; desplegados, por detrás de unos setos, hacia la izquierda. Media hora de caminar agachados; llegamos a unas piedras. Recuento; estamos todos. Aparece un capitán de Requetés; señala los puestos que ocupamos. Nos hacen fuego desde arriba, pero no es muy fuerte.

Debemos abrir un fuego muy violento cuando oigamos tres pitadas. Arriba estallan muchas granadas. Tengo sed; bebo algo de la cantimplora, no mucho, porque si avanzamos me pesará el estómago. Pasa una hora, hora y media, dos horas. Cesan de estallar granadas en lo alto. Pero ¿qué pasa? Los rojos salen de las trincheras de arriba y corren a lo largo del monte, hacia la izquierda; sue-

nan las tres pitadas; tiramos todo lo que podemos sobre los rojos, que huyen. Caen muchos, muchos. Se pierden de vista los que quedan vivos. ¡Arriba!, grita el teniente.

Salimos al campo descubiertos. ¡Qué repecho! ¡Con tal que haya trinchera al otro lado en la cumbre! Subimos al paso; el teniente va con el capitán de requetés. Llegamos. Resulta que la compañía de reserva, mientras nosotros distraíamos a los rojos, se ha dado la vuelta al monte, y cuando han querido darse cuenta, los tenían encima. Hay un horror de muertos rojos en todas partes. ¡Desilusión!; la posición roja no está fortificada por el lado que es ahora nuestro frente. Mientras todos descansan, nosotros dejamos los fusiles y empezamos a excavar varios nidales de ametralladoras, que ya han marcado el teniente.

Afortunadamente la tierra es buena y se deja trabajar bien.

Llega el sargento Górriz con los mulos. Dos horas después, terminado todo, comemos con feroz apetito: judías con tocino y chuletas de vaca, bien calientes, remojadas con un vinillo de bota, de áspero sabor a pez, que nos deja nuevos. Es de noche. Hemos tenido tres bajas. Se lo digo al teniente, a quien voy a buscar. Está mirando un plano con el comandante. Hemos trabajado hoy bien por España. Me voy a mi rincón. Corre un fresco agradable. No tengo sueño. Escribo.